

# BETH MOORE

TODA MI VIDA  
HECHA NUDOS

UNA AUTOBIOGRAFÍA



**TODA MI VIDA HECHA NUDOS**



# BETH MOORE

## TODA MI VIDA HECHA NUDOS

UNA AUTOBIOGRAFÍA



Tyndale House Publishers  
Carol Stream, Illinois, EE. UU

Visite Tyndale en Internet: [tyndaleespanol.com](http://tyndaleespanol.com) y [BibliaNTV.com](http://BibliaNTV.com).

Visite a Beth Moore en línea en [lproof.org](http://lproof.org).

*Tyndale* y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Ministries.

*Toda mi vida hecha nudos: Una autobiografía*

© 2023 por Beth Moore. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en el 2023 como *All My Knotted-Up Life* por Tyndale House Publishers con ISBN 978-1-4964-7267-0.

Fotografía de la familia frente a la camioneta en la portada de la colección personal de la autora. Usada con permiso.

Fotografía del pino en la portada © praet/Shutterstock. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la autora © 2021 por Amy Kidd Photography. Todos los derechos reservados.

Diseño: Jaqueline L. Nuñez

Edición en inglés: Kathryn S. Olson

Traducción al español: Patricia Cabral

Edición en español: Ayelén Horwitz

Las citas bíblicas sin otra indicación han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas indicadas con NVI han sido tomadas de la Santa Biblia, *Nueva Versión Internacional*,<sup>®</sup> NVI.<sup>®</sup> © 1999 por Biblica, Inc.<sup>®</sup> Usada con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

Las citas bíblicas indicadas con RVR60 han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960<sup>®</sup> © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Usada con permiso. Reina-Valera 1960<sup>®</sup> es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada solo bajo licencia.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de [espanol@tyndale.com](mailto:espanol@tyndale.com).

#### Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

A catalog record for this book is available from the Library of Congress.

ISBN 978-1-4964-7844-3

Impreso en Estados Unidos de América  
Printed in the United States of America

29 28 27 26 25 24 23  
7 6 5 4 3 2 1

*Para Keith:*

*Al pasar por el fuego,  
al atravesar la inundación,  
Dios ha sido fiel con nosotros.  
Te amo.*

*Con profunda gratitud a mis hermanos,  
en el orden que aparecen en la portada,  
Wayne, Gay, Sandra y Tony.*

*No tomo a la ligera su buena voluntad al permitir  
que expusiera públicamente mi punto de vista  
sobre nuestras vidas privadas.  
Los amo a todos.*



## UNA NOTA DE LA AUTORA

LA DIFICULTAD DE CONTAR nuestra historia personal es, irónicamente, aquello mismo que la hizo tolerable: no estábamos solos en ella. Tal vez sentimos que así era, pero la verdad es que los hilos de la vida de los demás están inevitablemente anudados a la nuestra, aunque solo sea por su notoria ausencia. Al fin y al cabo, ¿quién tiene un rol más importante en nuestra historia que la persona que, ya sea por una enfermedad, un trauma, por quedarse dormida, por distracción, por sus ocupaciones, por estar quebrantada, divorciada o muerta no apareció? Toda historia de vida implica una comunidad de individuos que comparten un frágil denominador común: *usted*. Bueno o malo, *usted*. Acertado o equivocado, *usted*. La responsabilidad es inmensa y, para cualquier persona que tenga una pizca de juicio, terriblemente intimidante.

Me encantan las narraciones y amo contar historias, pero no he sentido prisa por escribir mis memorias. Creo que esperaba que todo se resolviera de un modo ordenado y sin contaminar. Sensatamente. Amablemente. Usted tiene este libro en sus manos en buena medida porque renuncié a eso. De alguna manera, el

haber renunciado se siente más como un alivio que como una resignación. Supongo que también temía ver juntas todas las piezas de mi historia. Tenía miedo de descubrir que la causa de que todo eso fuera más penoso fuera yo misma.

Esperé para escribir mis memorias hasta que las razones para hacerlo por fin superaran a las razones para refrenarme. El tiempo debía pasar. Las personas tenían que fallecer. Otros debían envejecer tanto como para que no les importara demasiado la opinión de los demás. Me preocupaba herir a otros. Me cuestionaba si lo más bondadoso que podía hacer por quienes conocieron a mi familia era dejarlos con una mejor impresión. Lamento que contar mi historia pueda insinuar más sobre las experiencias de los miembros de mi familia de lo que ellos o yo desearíamos. Les pedí permiso y recibí su bendición, y me esforcé lo más posible para dejarles solo a ellos las partes más vulnerables de sus historias, pero no ignoro el costo de aparecer en el libro de otro. Me apena saber que una historia, una vez contada, no tiene vuelta atrás.

He intentado, por la gracia de Dios, desatar algunos nudos en estas páginas. He guardado varios de estos nudos en un puño apretado y sudoroso toda mi vida. Necesitaban aire y luz, tal vez más aún que comprensión. La misma distancia que puede esclarecer una historia puede también enturbiarla. Al escribir una autobiografía, el truco es saber cuál es cuál. ¿Estoy lista para contarla porque es más clara ahora o porque es menos comprensible? Mi íntima esperanza, mi empeñada intención, es la primera, pero la perspectiva de la percepción humana es inevitablemente deficiente.

Hay pocas cosas más inquietantes que escribir tus memorias cuando hay una porción desconocida de lo que aún no se ha vivido. Por ejemplo, ¿qué pasa si las partes buenas se van a pique incluso antes de que el libro llegue a las estanterías? Publicar un libro es siempre un acto de fe. Es una forma de decir: «Querido lector: Esto es lo que pienso en este momento (lo que creo que es

cierto y anhelo que sea valioso para usted), pero ¿me perdonaría usted y no se lo reprocharía al Dios del cual hablo si el tiempo o la divina Providencia demostraran que estoy equivocada o lamentablemente incompleta?».

Y, ahora, si me confía un poco de su tiempo, le confiaré un poco de mi historia.



## PRÓLOGO

*NO TE SUELTES. Hagas lo que hagas, no te sueltes.* Estrujé mis párpados como dos nudos apretados y los entreabrí lo suficiente para orientarme. La corriente era blanquecina por la arena, como si alguien hubiera llenado hasta arriba un gran vaso de agua y le hubiera agregado una salpicadura de suero de mantequilla. Un cúmulo de sargazo rozó mi frente y, luego, cayó por mi nariz. El agua salió disparada sobre mi cabeza, espumosa y abundante en salitre, sin encontrar ninguna barrera visible, formando remolinos entre mis oídos que zumbaban.

Me obligué a mirar detrás de mí y divisé el pie de mi papá. Su piel parecía translúcida debajo del agua, el sol del mediodía transformaba el violeta de sus venas en un lila anémico. Unos segundos antes habíamos estado parados uno junto al otro en la rompiente. De alguna manera, habíamos avanzado unos centímetros sin siquiera movernos. La marca del agua llegaba a la cintura de mi enteriza roja, pero él estaba metido hasta poco más que a la rodilla. Y era mi papá. Él sabía dónde parar. Dejé colgar las manos apenas bajo la superficie, las palmas hacia adelante y los

dedos extendidos, formando arroyuelos en la curvatura de las olas tranquilas, deslumbrada por su constancia. Era mi viaje inicial al mar, el primero en el que sentía el curioso cosquilleo del suelo movedizo de arena entre mis dedos.

Entonces, de repente, quedé bajo el agua. Instantáneamente, mis brazos se pusieron tensos, sin codos, tironeando de mis hombros hasta que juraron romperse. *Agárrame, papá, antes de que me suelte.* Mis dedos se aferraron a su tobillo derecho, los nudillos trabados. Mi columna vertebral se estiró hasta ser como una tira delgada de melcocha. Jalada por un gatillo que nunca escuché, fui una bala de carne aferrada al extremo de un cañón, rogando no ser disparada al mar.

Con la misma rapidez que la corriente había succionado el pie sobre el que me apoyaba, esta cambió y giré hacia el otro lado, rígida, como la segunda manilla de un reloj cuando cae del 12 al 6, y mi rostro se clavó en la arena. El tirón repentino que mi padre le dio a mis brazos soltó la mano que sujetaba su tobillo, giré como una muñeca de trapo hacia mis pies y escupí una mina de sal, con un pedazo de pastel de lodo sobre uno de mis ojos. Me mordí el labio para no llorar.

No recuerdo qué dijo papá. Quizás, algo como: «Estás bien. No te pasó nada». Hubiera sido muy cierto. Tenía los brazos flojos, pero no habían sido arrancados de mis hombros como lo había imaginado. Ningún monstruo marino se las había ingeniado para llevarme a mar abierto y lanzarme a las fauces de un gran pez con dientes de veinticinco centímetros. Pero *algo* había pasado y yo quería saber qué era. Quería saber por qué él había tardado tanto. Quería saber si lo asustó que el agua intentara tragarme. Y quería que pidiera perdón, aunque no hubiera podido evitarlo. Nunca se enteró de que yo tenía semejantes preguntas. No pude formular una palabra.

Me entregó a los brazos de mi madre, quien reposaba en una oxidada silla de playa con tiras azules y verdes, debajo de una

sombrilla para proteger su piel blanca y a su madre de setenta y siete años de los rayos sin filtro del sol de Florida. Delicadamente, me hizo mirar hacia adelante, me contuvo con firmeza entre sus rodillas, y siguió charlando con abuelita. Algo sobre mi primo, el Chico Cabalgador. Seguro que iba a ser alto, coincidieron. El borde desgastado de una tira de la silla plegable rasguñaba y mordía la parte de atrás de mi pierna.

—¿Imagino que tiene novia? —A mi abuela le encantaba saber esa clase de cosas. Me gustaba eso de ella. No me hubiera molestado saber la respuesta, solo que no en ese preciso instante.

—Pues, no lo sé —le respondió mamá a mi abuelita—. Tendrás que preguntarle a él.

—Pues, te lo pregunto a ti.

—Pues, madre, no lo sé.

—Bueno, ¿y *por qué* no lo sabes?

Mis dientes castañeteaban tan fuerte que pensé que se partirían; la garganta me ardía por el torrente de agua salada, como si le hubieran pasado un pelapapas. Mientras mamá frotaba con un toallón mi fisonomía tiritante de seis años, preguntó de manera inquisidora:

—¿Tienes frío, amor? —Me detuve un momento a tratar de descifrar si, más allá de lo asustada que estaba, no tendría simplemente frío y punto. Tal vez, sí. Asentí. Me frotó enérgicamente los brazos con una toalla turquesa que tenía una tortuga azul y amarilla—. ¡Déjame hacerte entrar en calor!

Yo seguía sin poder articular una palabra. No sé por qué, exactamente. Ella me hubiera dejado decirle que creí que me ahogaba. No me hubiera hecho sentir como una tonta. Me hubiera acercado a su regazo y dejado llorar, y sé que se hubiera enfadado con mi papá. Pero no pude decirle nada. Nunca lo hice. La pregunta de mi abuela seguía flotando en el aire: «Bueno, ¿y por qué no lo sabes?».



## CAPÍTULO UNO

ÉRAMOS GENTE DE RÍO. La gente de río no tiene nada que hacer en el mar. El Estado de Arkansas está en las entrañas del abdomen de Estados Unidos; la vesícula, quizás, o el bazo. Nuestras arterias se unen con orillas visibles. Las aguas de Arkansas son vadeables, pueden cruzarse con un puente, cada orilla está mullida de pasto. Mi pueblo natal, Arkadelphia, está emplazado en la base accidentada de los montes Ouachita, donde convergen dos ríos. El Ouachita, de unos 9 500 kilómetros en total, se junta al norte del pueblo con el más corto, Caddo, y corren juntos, verdes y sinuosos, por el lado este del pueblo en su lento curso hacia Luisiana.

Con la reciente compra de una camioneta Volkswagen azul y blanca por parte de mi padre, los Green por fin teníamos un vehículo suficientemente espacioso para nosotros ocho. Ya que todos

cabíamos, ¿por qué no manejar durante días y días, más apretados que el tabaco de mascar de mi bisabuela Miss Ruthie, desde mi pequeño pueblo universitario hasta donde vivían nuestros primos, al norte de Florida?

—¿Qué son unos kilómetros más? —preguntó papá, llevando un rotulador rojo al mapa y trazando una excursión de ocho horas adicionales hacia el sur, a las playas de Miami. Él, el comandante Albert B. Green, se hizo cargo del volante. Mi madre, Esther Aletha Rountree Green, iba de copiloto con mi hermano de cuatro años, Tony, moviéndose como un mono araña enjaulado entre ellos.

Mi abuela materna, Minnie Ola Rountree —a quien llamábamos abuelita—, ocupaba la mayor parte del asiento del medio. No era una mujer pequeña, juraba que nunca lo había sido y tampoco quería que lo fuera. Abuelita era pulposa, de pechos abundantes, mullidita como para dormir una siesta contra su cuerpo. El asiento del medio era una versión apenas abreviada del asiento trasero y abuelita rebotaba sobre su abundancia de amortiguadores entre mi hermana de nueve años, Gay, y yo. Nacidas con tres años de diferencia, las niñas Green éramos como carne y uña, y resultaríamos ser igualmente confiables.

Bautizada Aletha Gay en honor a nuestra mamá, ella salió favorecida con la apariencia de mi madre; tenían en común el mismo cabello castaño claro, la tez blanca y unas franjas de pecas encantadoras que le atravesaban las mejillas. A mí, la única rubia de la familia, me habían dicho desde que comencé a caminar que me parecía a un ala distinta de la familia. En la época cuando las madres quedaban inconscientes durante el trabajo de parto, llegué con un poquito de prisa, lo cual causó que mi mamá pasara por alto el protocolo habitual y tuviera que mantenerse completamente despierta ante cada contracción. Todavía mareada por el suplicio frenético, me miró y, claramente sorprendida, rugió: «¡Es igual a mi cuñado!». Esta declaración dio lugar a toda clase de

picardías de parte del personal de enfermería, quienes le hacían ojitos a mamá cuando mi papá visitaba el hospital y, luego, le guiñaron el ojo cuando él vino a llevarnos a casa.

Dos años después llegó Tony, bastante más parecido a papá, y el único de nosotros que nació en nuestro pueblo. Gay y yo éramos las únicas compañeras fijas de juego que tenía el pequeñito. Por lo tanto, podía jugar a lo que jugábamos nosotras o quedarse solo. Como generalmente jugábamos a las muñecas y él se negaba a quedar afuera, no tenía más remedio que sumarse a nosotras. Tony poseía el tacto maternal de un camión Mack, por lo que le asignamos un bebote menos valioso, suficientemente resistente para que lo aguantara. De inmediato lo metió hasta la punta de un largo calcetín blanco de papá y, cada vez que jugábamos, lo llevaba a todos lados por el dobladillo estriado. Ver cómo lo golpeaba torpemente contra las patas de la mesa, los marcos de las puertas y los troncos de los árboles todos los santos días nos causaba una gran consternación a Gay y a mí.

Tony era el bebé de una familia de tres generaciones muy versadas en niños; por eso le seguían la corriente efusivamente.

—¿Qué tienes ahí, Tony? —le preguntaban los adultos y los niños mayores.

—Ah, ¿esta cosa vieja? —decía él encogiendo sus hombritos escuálidos—. No es más que un simple muñeco viejo. —A partir de entonces, ese fue el nombre que tuvo. Nos habían prohibido llevar cualquier juguete más grande que las palmas de nuestras manos a las vacaciones en la camioneta VW. No podría estar completamente segura de que papá no hubiera elaborado semejante regla con la esperanza de dejar en casa a Simple Muñeco Viejo, donde él creía que pertenecía. Afortunadamente, dos autitos de juguete cabían perfectamente en las manos de Tony, así que fue haciendo ruidos de motores y de choques todo el viaje.

Como la cabeza de Tony aparecía súbitamente cuando

golpeábamos contra algún bache, abuelita, quien nunca sacó la licencia para conducir ni se puso jamás detrás de un volante, tenía la vista despejada para auxiliar a los gritos a mi padre en su manejo, desde su posición en el asiento del medio. Su segunda ventaja era el amplio alcance de movimientos para cachetear a cualquiera que demostrara merecerlo. Vieja como era, apuntaba a más que golpear, así que el hermano que estaba al lado del infractor bien le valía también haber sido cómplice. Quien haya acuñado la frase *matar dos pájaros de un tiro* estaba mirando fijo el brazo de mi abuela. La generosa cantidad de carne que colgaba de su antebrazo se sacudía como un ala cuando lo movía. Supongo que ese era el secreto de su ímpetu.

En el furgón de cola de la camioneta VW, iban los dos mayores de los cinco niños Green. Mi hermana Sandra era una exótica joven de dieciocho años. Sabía cómo hacer un buen peinado y maquillarse bien, y tenía un novio en edad universitaria. Gay y yo estábamos maravilladas de ella y teníamos todas las esperanzas de que terminara siendo exquisitamente escandalosa. Nunca lo cumplió, pero habíamos bajado lo suficiente la vara del escándalo para que cualquier tipo de drama fuera satisfactorio y, si en algo éramos buenos los Green, por cierto, era en lo dramático. Junto a ella, en el asiento de atrás, estaba mi encantador hermano mayor, Wayne. Tenía catorce años, el indiscutible amor platónico de toda mi juventud y, ante mis ojos castaños, el gemelo idéntico de Paul McCartney. Y era músico. ¿Quién rayos tomaría eso como una coincidencia? Sin duda, Sandra y Wayne estaban en la flor de la vida porque sabían bailar. Podían poner una pila de vinilos en el reproductor de casa, sacudirse y moverse como si estuvieran en el show televisivo de Dick Clark, luego, dar vuelta esos discos y hacer todo de nuevo durante otra serie de canciones. Bien podrían haber sido hippies.

Nos dijeron que lleváramos poco equipaje, así que había un amasijo de un mínimo de diez bultos atados con cintas al estilo

de los montañeses, que llegaban hasta el techo de la camioneta, además de nuestra carpa nueva comprada en Sears and Roebuck, todavía en su embalaje. Ninguno había acampado aún, excepto el coronel, desde luego, en los campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial y de Corea, aunque esperábamos un entorno distinto. Los costos de hotelería para las vacaciones veraniegas de una familia numerosa eran inadmisibles para el presupuesto del Ejército. La gente de nuestra clase no salía de vacaciones turísticas de ninguna manera. Únicamente íbamos a ver parientes, dado que la comida y el alojamiento eran más baratos. No fue sino hasta mucho tiempo después (hasta que nos mudamos a Houston), que escuché por primera vez una frase como:

—Iremos a esquiar a la nieve en las vacaciones de primavera.

—*¿Cuál de tus parientes vive allí?*

—*¿Pacientes?* —decían.

—*No dije pacientes. Dije parientes.*

—Pues, ninguno —decían.

—*Pues entonces, ¿por qué van?*

—A esquiar —decían.

Como no tengo ningún recuerdo vívido de cuándo fue de otra manera, no creo que sea demasiado pronto para decir que Albert y Aletha no se llevaban tan bien como uno esperaba para unas vacaciones de dos semanas o, ya que estamos, para lo que resultó ser un matrimonio de cincuenta y algo de años. Podría dar un buen número de razones de porqué esto era cierto, pero, por ahora, solo se necesita una: mi padre conducía con ambos pies; la suela derecha en el acelerador y la izquierda, en el freno, a pesar de que tenía el privilegio de estar al volante de un automático.

Los espasmos erráticos de papá al manejar con ambos pies hacían que la siestita fuera especialmente un desafío en un viaje largo. Mi madre era de tipo ansioso, cosa que yo, una mujer de la misma índole, elijo no juzgar. Lo menciono solo para pintar la

imagen de mis padres, Albert y Aletha, en el asiento delantero de una camioneta VW durante horas. Ella todo el tiempo con el brazo izquierdo estirado sobre mi hermanito y la mano derecha aferrada al tablero, con un cigarrillo encendido entre el dedo índice y el medio, dándole una calada cada vez que podía. Y siempre podía.

Me crie con una columna nubosa durante el día y un mechero durante la noche. Hasta el día de hoy, siento cariño por el sonido de la cabeza del fósforo explotando contra la franja lateral de una cajita rectangular (*tet-szzzzzoooo* como una cañita voladora el Cuatro de Julio) y por el efímero aroma alquitranado del dióxido de azufre.

El verdadero trabajo en esas vacaciones de verano comenzó cuando paramos a pasar la noche en el *camping* de Fort Walton Beach. Sospecho que ahorrarse el gasto de la estadía en un hotel pudo no haber sido la única razón para comprar la carpa. Mis primos eran campistas natos. Eran de la clase de los que podían hacer una fogata frotando dientes de león y, de haberse perdido en un bosque durante semanas, se hubieran mantenido robustos a base de bayas silvestres, saltamontes y leche de cierva.

Nosotros éramos más del estilo de supermercado, tipo Piggly Wiggly. Nunca nadie dijo: «¿Qué tan difícil puede ser armar una carpa?». Pero lo que era un secreto a voces es que mi padre nunca dejaba pasar la oportunidad de competir; y mi tío, a quien veríamos en breve, era un rival formidable. Era el único de los parientes lejanos cuyo récord en las fuerzas armadas se acercaba al de papá, y que nadie imaginara que por ser una competencia «amistosa» era menos importante. Papá no solía decir muchas groserías, pero tenía un modo de hablar el lenguaje callejero perfectamente respetable, que sonaba desvergonzado. Encontró poca ayuda en las instrucciones impresas que venían con la carpa, y ninguna utilidad en las instrucciones sonoras que venían con abuelita. En un día común y corriente, una cantidad impresionante de frases de la abuelita empezaba con las palabras *Y bien, ¿por qué no haces...?* En

este viaje, hasta donde yo me daba cuenta, estaba registrando un récord del 98 por ciento.

Para entonces, papá estaba tricolor: su rostro era de un rojo intenso que contrastaba con aquella única y delgada franja blanca que tenía en la cabeza llena de pelo marrón chocolate. Siempre imaginé que el mechón blanco era como si alguien se hubiera salpicado la cabeza con una cucharada de pintura y, al sentir algo mojado, se hubiera pasado el dedo meñique desde la frente a la coronilla para limpiarlo. Siempre estuve equivocada. Ahora era claro como el agua a qué se parecía exactamente: a la caída de un rayo. Más que aterrador era fáctico.

Mientras papá trataba de comprender cuál lado de la carpa era la parte superior, mamá vaciaba medio paquete de Pall Mall. Más resoplaba él, más fumaba ella. El resto sobrellevábamos el agotador montaje a nuestra propia manera. Wayne estaba con los ojos como platos, jugueteando con un borde de la lona, con miedo de ayudar y de no hacerlo. En cualquier momento, papá diría:

—¿Te vas a quedar parado ahí?

Temo que el hecho de que pronto sucedería algo así hizo que Sandra súbitamente se ofreciera a acompañar a Gay a los baños del *camping*. Tony lanzaba piedras, lo cual no aliviaba los resoplidos ni la fumata, y yo me chupaba los dos dedos de siempre y miraba el cielo nocturno, preguntándome por qué Florida no tenía estrellas. En Arkansas sí teníamos estrellas.

Cuando finalmente logró domar las estacas de la carpa, papá entró por la puerta con cierre y fue completamente tragado por el nailon. Comenzó una gran sacudida, una golpiza fantasmal. En algún sitio cercano a la aparición de la cabeza giratoria, la punta superior del palo de la carpa buscó desdichadamente un punto hasta que lo encontró y quedó fijo. Papá emergió del vientre de nailon como un recién nacido embadurnado, luego de un parto complicado.

A cada uno se nos entregó un colchón inflable verde oliva para que armáramos nuestra propia cama. La abuelita, de edad tan avanzada como era y todo, recibió tanto el colchón inflable como un catre para apoyarlo encima. Apretar la válvula del colchón para abrirla y a la vez soplar por ella es un arte que supera lo que los niños pequeños pueden dominar. Pese a sus esfuerzos ruidosos, los labios de Tony nunca se sellaron alrededor de la válvula por lo que, principalmente, ensalivó su colchón. Lo que quedó seco probablemente lo mojaría durante la noche. Resoplé unas pocas gotas de aire dentro del compartimiento de mi colchón y, dramáticamente, sentí que estaba a punto de desmayarme. Para cuando conseguimos meter los ocho colchones y el catre dentro de la carpa y entramos gateando para pasar la noche, las entrecortadas respiraciones asmáticas de los sopladores necesitados de oxígeno perforaron el aire denso y caluroso.



La familia es una cosa tremenda, salvaje y aterradora. Ahí estamos, con el cierre hasta arriba, metidos en lo desconocido juntos y no siempre voluntariamente. Está oscuro ahí dentro mientras tratamos de llegar al final de la noche. Quizás nos sintamos completamente solos, extraños y aislados, a la vez que estamos aplastados, hacinados y físicamente tan cerca uno del otro que nuestro sudor se mezcla e inhalamos lo que otros exhalan, sin filtro. Queremos tocar, tomarnos de la mano bajo nuestras propias condiciones, lo cual es nuestro derecho y debería serlo, pero la mayoría de las veces no lo hacemos. Pasamos de conocer al otro mejor que a nosotros mismos a apenas tener noción de conocernos en lo más mínimo, a estar absolutamente seguros de que no nos conocemos. Y, a decir verdad, no nos conocemos de la misma manera que quizás nos conozcan los demás. Sabemos demasiado para conocernos uno al otro.

En medio de semejante proximidad deben hacerse concesiones razonables. Queremos que nos conozcan, pero no de memoria, como si no fuéramos capaces de cambiar. La familia tiene la costumbre de congelar en el tiempo a sus integrantes, para bien o para mal, con la seguridad de que lo que fue cierto hace veinte años es cierto ahora y lo será dentro de veinte años. Sin verificación, perdemos de vista la otredad de los demás. Somos amebas, constantemente tragándonos o dividiéndonos unos de otros mientras exigimos ser únicos y tener nuestra intimidad.

Esta es mi gente. Mis primeros amores, mi carne y mi sangre. Conozco sus bromas. Sé cuáles son sus manías. Tenemos la misma nariz. En nuestro plato hay distintas porciones de los mismos secretos. Hemos sobrevivido a los mismos golpes. Hablamos un lenguaje raro, pronunciando las sílabas de una oración que comenzó en nuestra infancia, intraducible para los visitantes ocasionales.

A lo largo de toda mi vida hecha nudos, he anhelado la cordura y la simpleza de saber quién es bueno y quién es malo. He querido saberlo sobre mí misma, tanto como de cualquier otra persona. Necesitaba que Dios limpiara el revoltijo, que separara las cosas, que clasificara la correspondencia para que todos pudiéramos poner manos a la obra, nada más, y ser quienes somos. Seguir nuestras inclinaciones. No era algo teológico. Era estrictamente relacional. Dios podía hacer lo que quisiera con la eternidad. Yo solo trataba de sobrevivir aquí, entretanto, y creía que lo que me ayudaría a lograrlo era que las personas fueran una cosa o la otra, buenas o malas. Que no la complicaran. Así de benévolo como ha sido en infinidad de maneras, Dios se ha mantenido al margen ante este pedido sencillo.

Fíjese, por ejemplo, en la abuela de mi papá, Miss Ruthie. Era muy impresionante mirarla mascar todo ese tabaco. A veces, su saliva espumosa era tan espesa y marrón como la melaza y, en lugar de ocuparse del ella con un *ptuf* firme y explosivo, parecía

perfectamente feliz dejándola colgar. Un cuarto de cucharadita de té colgaba de su labio inferior como si no tuviera dónde ir. Se aferraba a su escupidera cual viejo pastor de campo a su venerada Biblia. Si se levantaba, la llevaba a todas partes con ella, derramando. Por *derramando* me refiero a la escupidera, no a que la Biblia no pueda ser derramada de vez en cuando. Metía todo su contenido en una bolsa marrón de papel con los bordes enrollados hacia abajo, como si nadie supiera qué había en ella. Ni una vez la vi sin que su cabello estuviera recogido en un nudo ceñido en lo alto de su cabeza, como un gran carrete blanco. Puedo suponer que el rodete estaría relacionado con la escupidera. Ninguna mujer quiere que su cabello en la cara cuando masca tabaco.

Así era Miss Ruthie, clara como el agua. Sabíamos todo lo que necesitábamos saber de ella. Era simple, no tenía dobleces. Entonces, mi hermano Wayne me contó: «Una vez pasé la noche con Miss Ruthie y, cuando se quitó todas esas horquillas del pelo y se inclinó hacia adelante en su silla para cepillarlo, el cabello cayó hasta el piso, suave y hermoso. Me fascinó». Toda mi familia (bueno, la mayoría) es así. En un instante, están escupiendo en una lata, con un carrete en la cabeza. Al siguiente, son pulcros, encantadores y fascinantes.

El hecho de que para mí la seguridad sea ostensible en categorías bien definidas, en el negro azabache, en el rojo sangre y en el blanco blanqueado, explica por qué la mayor parte de mi vida ha sido un lento bautismo en las tibias aguas del gris y limoso Jordán.



No estoy segura de cuántos nos habíamos dormido cuando llegó el primer trueno, pero mi madre se levantó de un salto de su colchón inflable, como si hubiera recibido un choque eléctrico. La siguiente franja de relámpagos fue un brillante cuchillo filoso que

tajeó la lona sin estrellas sobre Fort Walton Beach y descargó un lago contenido encima de nosotros.

En nuestra familia, el miedo era un valor esencial. Nos instruían y nos ponían a prueba con él, nos adoctrinaban sin remordimientos sobre cómo vivir la vida, muertos de miedo, híper atentos a cualquier amenaza porque si hay algo más verdadero que todas las verdades es que la vida te mataría. Sin importar qué estuviéramos haciendo en ese momento, ya fuera duchándonos o preparando tostadas de canela, cuando empezaba una tormenta todos en casa teníamos que escabullirnos al lugar más cercano, sentarnos y afianzar los pies, y que Dios te ayudara si tu lugar más cercano estaba al lado de una ventana. Estabas muerto, te chamuscarías hasta carbonizarte en segundos y, al verte, todos los demás quedaríamos marcados de por vida por esa imagen. Afianzar los pies era la máxima prioridad porque cuando (no «si») el rayo cayera en la casa, todo el que no tuviera las plantas de los pies sobre la madera del piso, perecería. Este hecho también estaba conectado de alguna manera con el porqué no podíamos encender ni apagar un interruptor de la luz con una mano mientras sosteníamos un vaso con agua en la otra.

Lo maravilloso de nuestra carpa Sears and Roebuck era que, tras un largo y laborioso ensamblaje, se desmontó con una facilidad extraordinaria. No esperamos alrededor para contemplar cómo se desplomaba completamente. No con mamá gritando como lo hacía. Bramó a todo volumen que *corriéramos* hacia la VW y es un milagro que cualquier otro campista a mil metros cuadrados espantado por los gritos de mamá no nos ganara de mano haciéndolo primero. La boca de abuelita funcionaba mucho más rápido que sus piernas, así que desde atrás puso en práctica cómo apurar nuestro paso.

—¡Fuera! ¿No acabo de decirles fuera? ¡Dije fuera! —Y lo hicimos.

Para salvar su dignidad, traté de no quedarme mirando a abuelita una vez que entró en la camioneta. Para empezar, ella no podía evitar que su cabello se viera plumoso y, ahora que estaba mojado, parecía no tener nada de cabello. Yo sabía que tenía el cabello plumoso porque, cada vez que mamá lo peinaba para darle un poco de volumen, decía: «Si no tuvieras el pelo tan plumoso...».

Traté de mirar hacia adelante y meterme en mis propios asuntos; entonces, vi el cabello de papá en el espejo retrovisor. El aguacero había hecho que su mechón de rayo resbalara desde lo alto de su frente hasta las cejas en una diagonal casi perfecta, y la punta de abajo goteaba de una forma curiosa. En seguida, él sacaría su peinecito plástico y lo corregiría, pero yo me propuse rumiar un tiempo en esa imagen.

La camioneta patinó cuando él puso la marcha atrás y salió a toda velocidad, dejando atrás la carpa familiar, los ocho colchones inflables y el catre, como si nunca los hubiéramos visto. Por pura misericordia divina, nos topamos con un restaurante de esos que permanecen abiertos toda la noche, cerca de Fort Walton Beach, y nos refugiamos allí hasta que pasó la tormenta y el sol parpadeó adormecido en el este. Al restaurante le hubiera venido bien una buena barrida, pero tantos años de preparaciones de hamburguesas picantes, huevos con mucha sal y tocino chisporroteante sobre la parrilla de acero inoxidable habían barnizado las paredes, las mesas y las sillas con tal capa de grasa, que todo el lugar olía como si uno se hubiera muerto y estuviera en el paraíso. Esparcidas por el piso, había media docena de papas fritas onduladas, pero se veían bastante buenas.

El humor de papá no había mejorado, pero hubo un buen indicio cuando miró el menú fijado con chinchetas a la pared. Era imposible que esta familia derrotada por una carpa no comiera. Sacó su billetera y echó un vistazo a los billetes del modesto capital de las vacaciones, y los niños nos miramos unos a otros con

regocijo. No dijo que sí, pero el sí de papá constaba en que no dijera que no. Le pedimos lo mínimo indispensable al cocinero. Nadie osó decir la palabra *Coca-Cola*, mucho menos, *batido de chocolate*. Sabíamos que estábamos a punto de colmar la paciencia de nuestro benefactor. Una vez que tuvimos el estómago lleno, vino el sueño, estábamos aburridos y malhumorados, así que Tony, Gay y yo no tuvimos otra alternativa que distraernos lamiendo los paquetitos de mermelada de uva y de frutilla que había en las mesas. Eran gratis.

El tema iba a surgir en algún momento y esta era una ocasión tan oportuna como cualquiera.

—Debí haber ido en avión —dijo abuelita, perturbada, apartó hacia atrás la silla metálica de la mesa de fórmica y cruzó los brazos sobre su pecho. Cuando abuelita decía algo de manera definitiva, terminaba la frase haciendo sobresalir la mandíbula y tragándose el labio superior con el labio inferior. Ese era el gesto que indicaba: *No hay nada más que decir al respecto*.

Mamá intervino de lleno, como si lo hubiera esperado todo el día.

—¿En avión? Mami, ¿ya te olvidaste de cómo te alteraste la última vez que volaste?

—¿Cuándo?

—¡Hace dos años, cuando volaste a Florida!

—No recuerdo ninguna alteración.

—¿Qué quieres decir con que no recuerdas? ¿No recuerdas que empacaste el vestido para tu sepelio en la maleta?

—Nada de alteración por eso. Na'más sentido común. Veo que no es tan común como debería serlo.

Mamá se frotó la cabeza.

Para entonces, papá prácticamente le había dado la espalda a su familia, como si no hubiéramos entrado todos juntos. Cuando el rostro de mi papá apenas estaba colorado, uno podía ver (es

decir, si sabía qué estaba buscando) ese punto donde le habían emparchado el lado izquierdo de la cara, justo entre el pómulo y la nariz, luego de que recibiera una herida de bala al comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Si se ruborizaba de repente, el parche permanecía gris y parecía la masilla Silly Putty, como si supiera que pertenecía a otro cachete.

En mi familia, a cualquier parte privada del cuerpo le decíamos *el conejito*. No decíamos *trasero* y, por supuesto, no decíamos *cola*. Bueno, todos menos Tony, que lo deletreaba en voz alta porque era un malcriado, pero como pronunciaba letra por letra, «c-o-l-a», no lo regañaban. A Gay y a mí nos encantaba reírnos de que el conejito de papá estaba en su cara, en especial cuando estábamos en problemas. Claro está, yo no solía meterme en problemas porque era «excesivamente susceptible» y porque le tenía miedo, pero Gay no le temía ni al diablo. Siempre estaba en apuros por causa de su boca, pero susurrar «Cara de conejito» a espaldas de papá no era poco consuelo.

Mamá y abuelita seguían discutiendo en el restaurante nocturno. Ahora bien, no había nadie en el mundo a quien mi mamá amara más que a mi abuela y es muy probable que ella lo supiera, pero si no respondía a la salida astuta de abuelita de que ella debería haber viajado en avión a Florida, papá lo haría y, entonces, pasaría de ser una discusión inofensiva a una que no lo era. Todos saben que los parientes políticos no pueden sacarse las ganas de decir lo que los de la propia sangre pueden.

—¿A quién se le ocurre que una vieja no debería llevar un vestido mortuario? —Abuelita hizo que su voz temblara un poco y fingió una mirada de lo más afligida, como si sus pies ya descansaran sin vida en un ataúd—. Mi corazón puede fallar en cualquier momento.

—Minnie Rountree —dijo mi madre—, sabes perfectamente bien que llevar ese vestido mortuario no tenía nada que ver con que seas una anciana. Tampoco tenía nada que ver con tu corazón.

Tú misma lo dijiste. Empacaste tu vestido mortuorio por si los cubanos decidieran secuestrar el avión.

Tuve que representar mentalmente cosas como estas para encontrarles sentido. Estimé que los secuestradores sepultarían a la abuelita en Cuba; yo no estaba segura de dónde estaba eso, pero sabía que quedaba muy lejos de Arkadelphia. Mis conjeturas llegaron a calcular que ellos sacarían el vestido de su maleta y se lo pondrían antes de meterla en la tierra, en un ataúd cubano.

—¡Todos arriba! —Papá había salido, echó un vistazo al cielo y volvió a meter su cabeza por la puerta, haciéndonos gestos para que nos moviéramos. Éramos un puñado desgredado y con los ojos rojos que volvió a subir a la VW. En nuestro camino de vuelta al *camping*, los neumáticos iban golpeando y salpicando por los grandes charcos que habían quedado tras la tormenta nocturna. No existía posibilidad de salvar la carpa. Esta era estrictamente una misión de recuperación. Papá sacó primero el catre; luego, los ocho colchones y ahí fue cuando nosotros, los pequeños, salvamos la situación. Saltamos de un colchón al otro, desfilando sobre ellos, pisoteándolos y haciendo vueltas carnero con gran entusiasmo mientras los que medían más de un metro y medio mantenían abiertas las boquillas para que se desinflaran. Según mi hermana mayor, papá no se tomó la molestia de plegar la carpa. La enrolló como un gran montón y la ató con una cuerda elástica a la parte trasera. Sandra declaró que era tan pesada que, cada vez que dábamos contra un bache, el guardabarros trasero se arrastraba sobre el pavimento.

Viajamos así todo el camino hasta llegar a los brazos abiertos de nuestros primos hermanos, quienes tenían una casa pequeña y espectacularmente maravillosa junto al lago. Nosotros éramos de Arkansas. Entendíamos los lagos. Pasamos tres días dichosos con nuestros primos Rountree, independientemente de que la tía Jewel pudiera preparar un panqueque decente o no. También nos las arreglamos para llegar a Miami, la tan afamada ciudad

rápida y furiosa, aunque en esta ocasión toda esperanza de circular soberbiamente por sus bulevares bordeados por palmeras resultó en vano. El alternador de nuestra flamante camioneta Volkswagen azul y blanca dejó de funcionar y, hasta que pudimos llegar a un mecánico que nos diera crédito, Sandra y Wayne fueron reclutados para empujarla mientras papá la ponía en marcha. Eso fue, entendiblemente, humillante para ambos e inapropiado para los foráneos. Desde el asiento del medio, justo detrás de papá, yo (pequeña como era) intuía lo decepcionado que se sentía ante la falta de entusiasmo por cómo se mordisqueaba el labio. Trataba de sentarme lo menos posible sobre el asiento, por si eso ayudaba. El recuerdo preciso de Sandra respecto a que la carpa fue apretujada contra la parte de atrás vino a causa de que no le resultó nada fácil encontrar un buen espacio para empujar.

La última parada de nuestras vacaciones de verano fue el estacionamiento de Sears and Roebuck. Luego de recuperar su compra del paragolpes de la camioneta, papá entró por las puertas vidriadas marchando como si fuera a la guerra, con una carpa vinílica grande como para ocho personas, enrollada en sus brazos con las solapas de las ventanas colgando hasta sus rodillas. La que fuera la «casa lejos de casa» fue devuelta con todo (hojas y arena incluidas) y un brusco reclamo de reembolso. Con un último empujón, llegamos colina arriba a la modesta vivienda de ladrillos rojos en las afueras de nuestro conocido pueblito.

Antes de que la abuelita pudiera plantar firmemente los pies sobre el cemento de la cochera, mamá ya había encendido el fuego para hervir agua, papá estaba en el baño con un periódico, Sandra estaba llamando a su novio, Wayne tocaba el piano, Gay andaba en bicicleta y Tony tenía al perro agarrado por la cola. ¿Y yo? Bueno, yo me balanceaba en la hamaca de arpillera, que colgaba de la rama fuerte de un pino de Arkansas, con la pinocha castaño-dorada entre los dedos de los pies.